

Casual politics: del clicktivismo a los movimientos emergentes y el reconocimiento de patrones

Ismael Peña-López¹

Peña-López, Ismael (2013) *Casual politics: del clicktivismo a los movimientos emergentes y el reconocimiento de patrones*. II Jornadas españolas de ciberpolítica, 28 de mayo de 2013. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales

Resumen

La política tradicionalmente han mirado el ejercicio de la democracia con al menos dos supuestos implícitos: (1) las instituciones son el canal normal de la política y (2) la votación es el canal normal de la política para tomar decisiones. Por supuesto, la realidad es mucho más compleja que eso, pero, por un lado, todas las extensiones de ese modelo alrededor o más allá de la votación - cuestiones relacionadas con el acceso a la información pública, a la deliberación y la argumentación, la negociación y la creación de opinión, o la rendición de cuentas - se basan en las instituciones como el eje central en torno al cual gira la política. Por otro lado, la existencia y el análisis de la participación política extra-institucional - la sensibilización, los grupos de presión, los movimientos ciudadanos, las protestas y manifestaciones - la mayoría de las veces también se han puesto en relación con cómo afectan a los resultados finales de la participación institucional y de toma de decisiones, sobre todo en que afecta a la votación.

Inspirado en el concepto de "votar con los pies" (desarrollado por Tiebout, Friedman y otros) en este trabajo queremos cuestionar esta forma de entender la política como una acción proactiva y consciente, y proponer en su lugar de manera reactiva e inconsciente de hacer política, basada en pequeñas contribuciones, *casual*, y su análisis posterior por medio de grandes volúmenes de datos, análisis de comportamientos emergentes y el reconocimiento de patrones.

¹ Profesor, Estudios de Derecho y Ciencia Política, Universitat Oberta de Catalunya

En nuestro enfoque teórico - ilustrado con ejemplos reales dentro y fuera del campo de la política - se argumenta que las prácticas de medios sociales como Twitter, el "me gusta" o el compartir en Facebook o Google +, los blogs, los comentarios en las redes sociales, el etiquetado, el *hashtaging* y la geolocalización son no lo que se ha peyorativamente etiquetado como "*slacktivism*" (un activismo cómodo, de bajo nivel de compromiso, orientado al "sentirse bien" más que al impacto), sino "política informal", es decir, el mismo tipo de política que sucede de manera natural en el mundo offline. La diferencia es que, por primera vez, los tomadores de decisiones y decisores de políticas pueden aprovecharlas y convertirlas en política real. Si son capaces de escuchar. Si son capaces de pensar en la política fuera de las instituciones y en tiempo real.

1. Votar con los pies

En 1956, Charles M. Tiebout publicaba *A Pure Theory of Local Expenditures* (Tiebout, 1956). En él, el autor teorizaba sobre un modelo de gobierno local para proveer una serie de servicios públicos a sus ciudadanos. Bajo ciertas condiciones, estos ciudadanos acabarían cambiando de ciudad para ajustar sus preferencias a las políticas públicas en ejecución en un determinado municipio. Aunque el término no aparece en el texto original, se atribuye a Tiebout la acuñación de "votar con los pies" como una forma tácita y extra-representativa de hacer política por parte de los ciudadanos – y, por extensión, de la toma de decisiones fuera de los canales diseñados institucionalmente para esos fines.

Hay dos de esas condiciones que hacen del modelo de Tiebout algo difícil de trasladar del mundo teórico al real: el hecho de que al ciudadano le resulta fácil – tanto en términos de factibilidad como de coste – el moverse de un lugar a otro, y la información perfecta o completa.

Medio siglo después de esa exposición, la digitalización de los contenidos y de las comunicaciones verbigracia de las Tecnologías de la Información y la Comunicación hacen que dichas condiciones – movilidad, información perfecta – si no son reales, sí distan mucho de suponer la misma barrera que en tiempos de Tiebout. De hecho, las TIC han eliminado de un plumazo tanto la escasez de información como los costes de transacción asociados a su manejo. Por otra parte, y relacionado con eso, ha hecho casi

irrelevante la cuestión de la movilidad a la hora, entre otras cosas, de informarse, debatir, negociar y, en definitiva, de expresar preferencias.

En este sentido, Benkler (2006) ya apunta que el modelo tanto de trabajo como de ejercicio de la política difícilmente se mantendrá dentro de los parámetros habituales caracterizados por redes en estrella. En este modelo, donde grandes concentradores centralizan las comunicaciones y la toma de decisiones, mientras que el resto de nodos se nutren de esos centros de forma radial y aislada unos de otros. En su lugar, espera que se construya paulatinamente una esfera pública en red que altere los procesos fundamentales de comunicación comunicación social.

Este cambio en la forma de comunicarse y de hacer no ocurre solamente a título personal, sino – y sobre todo – a nivel colectivo (Noveck, 2005). En este sentido, la tecnología no solamente empodera al ciudadano individual, sino que le da nuevas herramientas a partir de las cuales o sobre las cuales edificar nuevas formas de acción colectiva. Aunque el enfoque de Benkler es sin duda más amplio y de un mayor calado, la propuesta de Noveck es en parte más ambiciosa: “deberíamos explorar formas de estructurar el marco legal para deferir la toma de decisiones políticas y legales hacia abajo, hacia una toma de decisiones descentralizada y centrada en la comunidad”.

No obstante, la posibilidad técnica de realizar un determinado cambio o movimiento – aunque exploratorio – no debería ser condición suficiente (aunque probablemente sí necesaria) para realizarlo.

Esta condición de fondo nos la proporciona Inglehart (2008) al hablar de cambio en los valores entre generaciones y, en general, comparado con los años justamente posteriores a la revolución de Mayo de 1968 y los movimientos pacifistas de la década siguiente. En su análisis, el autor identifica claramente como los cambios en los valores que ya se apuntaban en 1971 se han consolidado incluso hasta el punto de no haber una confrontación intergeneracional, sino que los valores más identificados con el materialismo – con la supervivencia – forman parte ya de generaciones en vías de desaparición. Por el contrario, se tornan hegemónicos valores post-materialistas más centrados en la autonomía y la auto-expresión, unos valores que, no sorprendentemente, varios autores han identificado como resonantes entre la filosofía *hippy* de la década de

1960 con la filosofía *hacker* vinculada al desarrollo de Internet (Himanen, 2003; Lanier, 2010).

2. Política e(n) Internet

Así, el cambio tecnológico junto con un cambio de valores son terreno próspero para cambios de comportamiento y, sobre todo, de enfoque en todo aquello que tiene que ver con lo colectivo. No son pocos los autores que, en consecuencia, se han lanzado a ver el potencial de Internet sobre el desarrollo económico, el compromiso cívico o la participación ciudadana. En este sentido, “Internet podría ser un nuevo estímulo para el conocimiento, interés y discusión política” (Mossberger et al., 2008). ¿Es esto realmente así?

Lo primero que nos dice la evidencia científica es que en Internet y en su uso para la política se confirma mayormente la hipótesis del *knowledge gap* (Tichenor et al., 1970). De esta forma, las pautas de uso de Internet en el ámbito de la política viene sobre todo explicado por las características sociodemográficas de los ciudadanos. Así, la participación política digital viene muy condicionada por el nivel educativo, la situación laboral y, en menor medida y de forma decreciente, por la edad; no ocurre así, por otra parte, con la clase social (Robles Morales et al., 2012).

Sin embargo, se ha podido comprobar (Borge & Cardenal, 2012) que el uso – o la experiencia en el uso – de Internet tiene un efecto directo en la participación política, dándose ello con independencia de la motivación política. Dicho de otro modo, la competencia digital aumenta la probabilidad de que una persona acabe participando en política en línea, y ello con independencia de su nivel inicial de motivación política. Ello se explicaría, entre otros motivos, por la gran abundancia de contenido político en Internet que, literalmente, “sale al paso” al internauta, así como por los usos intensivos de búsqueda y obtención de información en línea que hacen los usuarios de banda ancha – que, a su vez, nos vuelve a llevar al primer punto. Y, tercero, porque dicha información acaba recabándose de sitios web “no tradicionales”, en el sentido de no pertenecer a partidos u organizaciones explícitamente vinculadas con actividades políticas (sindicatos, grupos de interés, etc.) (Horrihan, 2004).

Encontrada la información en Internet – a menudo de forma involuntaria o por azar – es también habitual que los internautas encuentren también foros en los que dialogar – o

discutir – sobre política. Estos espacios, a menudo abiertos, dan lugar a todo tipo de encuentros que no necesariamente son partidistas o unicolores (Kelly et al., 2005).

El resultado final de esta participación política en Internet puede resumirse de tres formas distintas. Por una parte, no cambiando las cosas en absoluto o, en cualquier caso, reforzando lo que ya ocurría fuera de la red. En la misma línea de lo comentado con anterioridad respecto el uso de Internet y el perfil sociodemográfico, así como la hipótesis del *knowledge gap*, se ha constatado también que las actividades en línea no substituyen sino que vienen a reforzar las acciones políticas que el ciudadano comprometido realizaba ya fuera de la Red (Christensen, 2011). Por otra parte, la mayor exposición a información política en Internet ha podido identificarse también con un posicionamiento más crítico que, a menudo – aunque dentro del contexto todavía muy minoritario – ha acabado transformándose en un voto también crítico y por tanto favorable a formaciones políticas minoritarias, si no opuestas sí algo marginales dentro del sistema político imperante. Por último, se ha podido relacionar también el uso de Internet y el acceso a su información con un paso más allá del voto crítico: el incremento tanto en intensidad como en cantidad de la participación en iniciativas y acciones políticas extra-representativas, es decir, no marginales al sistema sino totalmente fuera de él (Cantijoch, 2009).

No obstante, creemos que este punto de vista – cómo afecta Internet al voto, cómo afecta Internet a la motivación, cómo afecta Internet a la participación en política institucional o en movimientos extra-representativos – sigue siendo demasiado parcial para la profundidad de los cambios que observamos en nuestras calles.

Nos recuerda Sádaba (2012) una cuestión con la que también nosotros iniciábamos nuestra reflexión: la trascendencia de unos cambios socioeconómicos y políticos, asociados a unos movimientos sociales, que difícilmente pueden ceñirse a relaciones de causalidad vinculadas a cambios tecnológicos o a cambios en las comunicaciones. Así, en ejercicio de explicar “virtualización de los movimientos sociales” no basta con superponer una capa digital a lo ya existente, sino que seguramente hay que repensar todo el modelo de compromiso político, participación o activismo para comprender las nuevas tendencias.

Una interesante aproximación sobre lo limitado de ver la transformación política que viene de la mano de Internet como una mera virtualización de las prácticas y actores existentes es la recuperación que de la teoría lefebvriana (Lefebvre, 1991) hace Martínez Roldán (2011). En su trabajo podemos ver los nuevos movimientos políticos como rediseños de los *Espacios de Representación* que vienen a “desplazar a las *Representaciones del Espacio* hegemónicas establecidas por las dinámicas del capital”. Como resultado, se genera una hibridación del espacio urbano con el ciberespacio, afectando a su vez, hacia atrás, a los espacios de representación y, sobre todo, hacia delante a las representaciones del espacio y las instituciones que las habitan y conforman.

La idea de estos nuevos espacios como algo más que meros calcos virtuales de la realidad ha sido ya explorada por Castells (2012) en sus espacios de autonomía o Echeverría (1999) en su tercer entorno. Ambas aproximaciones no dejan de ser interesantes complementos de los no-espacios de Augé (2000): la ciudadanía reinventando la espacialidad y, con ella, las instituciones de la sociedad que ahora deben plegarse a nuevos hábitos de consumo y de ocio, pero también de activismo político. Por supuesto, la re-ubicación de la acción política no puede ir sino acompañada de un “proceso de formación y ejercicio de las relaciones de poder en un nuevo contexto organizacional y tecnológico derivado del advenimiento de las redes globales digitales” (Castells, 2009).

Creemos que hay indicios suficientes para afirmar que la política con y en Internet discurre en dos planos distintos: uno, evolutivo, donde las viejas prácticas y actores substituyen formas y útiles del pasado por las nuevas herramientas digitales; otro, transformador y disruptivo, donde los viejos espacios y relaciones de poder se están viendo alterados en su esencia, con nuevas prácticas, actores y escenarios que escapan a los patrones de caracterización tradicionales.

3. Participación en línea y participación extra-representativa: del empoderamiento a las para-instituciones

Si hemos visto que Internet hace más proclive estar más informado sobre política o bien tener un mayor grado de compromiso y participación, no solamente lo cuantitativo sino también lo cualitativo de dicha participación se ve afectado. Colombo et al. (2012)

muestran claramente como además de un mayor interés, Internet hace que la eficacia política interna – el grado en que la persona se considera o no competente en política – también se vea afectada positivamente. Dicho de otro modo, podemos ver el mayor interés y la mayor eficacia interna como buenas aproximaciones al nivel de empoderamiento del ciudadano en cuanto a actor político. Este empoderamiento – entendido como la libertad de actuar dentro del sistema – no se viene correspondido por una mayor gobernanza – entendida como la libertad de actuar sobre el sistema –: así la eficacia interna no se corresponde con un mayor grado de eficacia externa – la idea que tiene el ciudadano sobre la disposición y capacidad de dirigentes e instituciones para responder a las demandas de la población – y a menudo deviene desafección con el actual sistema democrático.

Cabe preguntarse, en este punto, si esa desafección hace engrosar las filas de la abstención, o bien se transforma en acción política extra-representativa.

Lo que hasta ahora hemos podido constatar es que ese mayor empoderamiento de los ciudadanos ha desembocado en una nueva élite, una *leetocracia* (Breindl & Gustafsson, 2011) de *goverati* (Peña-López, 2011) que conforma un núcleo duro de activistas que se coaligan de forma temporal para abordar campañas, insertando una cuestión específica en la agenda pública y convirtiéndose en una suerte de nuevos mediadores entre los tomadores de decisiones públicas y los ciudadanos. Este pequeño grupo de emprendedores de movimientos sociales (Breindl, 2012) conforma nuevas jerarquías cuya evolución va de la constitución del núcleo del movimiento a su ampliación y posterior participación por otros agentes, ahora ya más tradicionales, de la esfera pública, creándose nuevas para-instituciones que responden al patrón habitual institucional hacia afuera, pero que son totalmente distintas, reticulares, hacia dentro (Peña-López et al., 2013).

Estas redes y subredes, relacionadas entre ellas, conviven en “perfecta simbiosis [...] con los actores comerciales de los medios de comunicación masivos” (Kelly, 2008), a veces amenazando su mera existencia, muchas veces colaborando, aunque ahora creando nuevas formas de relación entre los actores de la escena política. Pero no se trata solamente de cambios: los actores mismos que participan en estas redes también cambian, así como sus respectivos roles, entre ellos los medios de comunicación y las tareas que habitualmente habían llevado a cabo.

Nuevas formas de informarse y nuevas formas de informar. No obstante, hemos visto que su impacto suele centrarse en la participación extra-representativa y solamente de forma todavía marginal en la abstención o el voto a alternativas minoritarias. Hasta aquí, podríamos pensar que todo el cambio de paradigma al que parecemos apuntar se limita a procederes y comunidades que operan al margen de las grandes mayorías. Sin embargo, sí hay algo central que se ha visto alterado sobremanera: el debate. Anduiza et al. (2012) apuntan que el impacto de la exposición a información política en línea viene ciertamente determinado por la extracción social. Estos determinantes, además, afectan – siguiendo de nuevo la hipótesis del *knowledge gap* – a todos los ámbitos relativos a la información política y la motivación para ir a votar, ya sea en línea o por otros canales tradicionales. Sin embargo, si bien el impacto en la motivación o el activismo de la información política en línea es pequeño en comparación con esos otros factores socioeconómicos, no sucede lo mismo con el debate político: la existencia de información en la red aviva el debate y sí tiene un impacto mayor en la implicación en discusiones de corte político de los ciudadanos.

Font et al. (2012), y a partir del trabajo de Hibbing y Theiss-Morse (2002) vienen a completar algunas de las ideas expuestas hasta aquí. Ante la aparente paradoja de que los ciudadanos parecen pedir mayores niveles de participación en política mientras que los datos muestran un descenso en la afiliación a partidos, sindicatos y ONG, la paradoja se despeja al comprobar que sí incrementa la participación en la política no formal o extra-representativa. La ciudadanía que demanda una mayor implicación, además, tiene un cierto sesgo (izquierda, urbana) que coincide con el sesgo del perfil del internauta medio. Además, a la vez que desconfía y es crítica con los políticos profesionales y cargos electos, parece confiar más en sus pares, de la misma forma que se reflejan las dinámicas de comportamiento en las plataformas de redes sociales.

Se apunta también que dicha participación extra-representativa se activa ante casos extremos: casos extremos como los que se han visto en España en Marzo de 2004 o en Mayo de 2011, este último ya fuera de lo local y embebido en una crisis financiera de orden internacional. Así, los casos extremos serían los que, a partir de un debate reactivado en parte gracias a las TIC, hacen fraguar la participación extra-representativa que, además, encuentra en esas mismas TIC una herramienta perfecta para su organización y acción coordinada.

4. Participación en línea, ciberactivismo y clicktivismo

Transcurrida ya prácticamente una década de la llamada Web 2.0 y próximamente una segunda década de la puesta a disposición del público en general de Internet, la evidencia (Smith, 2013) refuta algunos mitos a la vez que refuerza algunas de las ideas que hemos ido exponiendo en los últimos párrafos. Así, la constantemente – y en los últimos años de forma acelerada – creciente actividad política en las plataformas de redes sociales – no ha supuesto una desvinculación de “lo virtual” con “lo presencial”, sino todo lo contrario: el consenso es total acerca de las redes sociales como una parte más de la actividad política.

No obstante, los patrones de comportamiento online, si bien no desvinculados del offline, si comienzan a tener rasgos diferenciales claros de la política tradicional (Rainie et al., 2011; Obar, 2012): la comunicación se hace más frecuente e intensa, se considera que el medio digital favorece la consecución de objetivos, hay mayor participación acompañada de mayor compromiso y satisfacción con los resultados. Fernández-Prados (2012) llega a contraponer Activismo 1.0 con Activismo 2.0, este segundo mucho más orientado al debate y a la acción, mucho más horizontal en sus formas y más dirigido a la transformación social en su fondo. También contrapone el autor un concepto de e-participación con formas más cercanas a la participación representativa o convencional con una e-protesta más identificada con nuevas formas de acción política como el ciberactivismo, el activismo digital, o el hacktivismo, definitivamente lejos de las instituciones y conformando nuevos canales de democracia extra-representativa.

Haciendo un paralelismo con las comunidades virtuales de creación de contenidos, Fuster & Subirats (2012) definen nuevas comunidades de acción política donde la participación es altamente abierta, tanto en lo que a “membresía” se refiere – si es que es pertinente aquí esta palabra – como en lo que se refiere a diferentes perfiles, modalidades y niveles de compromiso. Se trata también de una participación altamente descentralizada y asincrónica, sin dependencias de espacio – local asociativo, sede del partido – como del tiempo – reuniones o asambleas preprogramadas. Es también abierta en el sentido de ser una participación pública, ampliamente difundida por las redes, así como autónoma, donde el individuo es el responsable último de su compromiso así como de las tareas a las que se compromete. Por último, es también abierta en la forma cómo se da la acción y su implementación, iniciada a iniciativa propia y fomentada

desde la adscripción. Una democracia fomentada en el hacer: una hacer-cracia (o *do-ocracy* en su acepción anglosajona).

Estas nuevas comunidades políticas, abiertas, “se forman alrededor de debatientes interesados y bien informados” (Kelly, 2008), cambiando las jerarquías y las subestructuras existentes.

Lejos, pues, del “daily me” (Negroponte, 1995) o de las “echo chambers” o cámaras de resonancia (Sunstein, 2001), lo que se perfila es una novísima participación política que difícilmente encaja o bien en las teorías de la movilización o bien en las teorías del refuerzo (Norris, 2001), sino que parecen emerger como una nueva vía para-institucional (Peña-López et al., 2013), a medio camino entre la movilización y las nuevas formas políticas y el refuerzo de las instituciones tradicionales existentes.

Una nueva movilización política que, además, tiene un rasgo fundamental y que lo diferencia de otra participación previa, tanto en las formas como, sobre todo, en el alcance: el registro constante de la actividad y la participación, la trazabilidad de las acciones, la documentación exhaustiva y detallada de los procesos, la abertura de dichos procesos y, por último, la publicación y puesta a disposición del público de todo el elenco de datos, protocolos, herramientas y resultados utilizados en y resultado de la acción política.

Es en este contexto, y muy relacionado con la alta granularidad en el compromiso y nivel de participación aceptado en estas nuevas comunidades de activismo político que aparece la figura del clicktivismo o *slacktivism*. Queremos manifestar aquí dos formas de aproximarse a este concepto. La primera, denunciada y denostada por Morozov (2011) y que es la acepción generalmente comentada en los medios y la literatura, se aproxima al clicktivismo desde lo micro y desde el emisor. En este sentido, el ciudadano satisface su necesidad de comprometerse políticamente participando con acciones menos que puntuales, ya sea firmando una petición en línea, ya sea reenviando un mensaje o retuiteando un tuit, ya sea haciendo un “me gusta” o comentando en cualquier red social, blog o medio de comunicación en línea. Qué duda cabe que, desde este punto de vista, visto como una acción aislada, el clicktivismo ocupa el último escalafón en el compromiso, la responsabilidad y el esfuerzo de la actividad política.

No obstante, hay otra aproximación, tomada desde lo macro, lo colectivo y poniendo el énfasis en el receptor, aquél a quién se dirige el *conjunto* de clicks/RT/me-gusta emitidos por todos los ciudadanos.

Por una parte, como han mostrado Nonneke & Preece (2003), el *lurker* – el usuario pasivo de los foros de Internet – es un rol más que necesario para el buen gobierno y salud de una comunidad virtual. Más allá de la pasividad, es el *lurker* – y, en nuestro caso, el clicktivista – quien mantiene la cohesión de la comunidad, difunde sus contenidos a través de sus acciones de mínimo esfuerzo, actúan en los momentos críticos y, sobre todo, aportan valor a la comunidad misma al filtrar y leer críticamente los contenidos. Más allá de estas cuestiones, queremos añadir además que el *lurking* o el *clicktivismo* son a menudo, y como hemos comentado más arriba, actividades consustanciales al nuevo activismo político y sus distintos niveles de compromiso y participación que cambian a lo largo del tiempo y las personas, según sus intereses y necesidades, y pasando éstas por distintos estadios (Peña-López et al., 2013) de participación.

Por otra parte, y a nivel colectivo, estos clicktivistas son los mismos que se comprometen fuera de las redes sociales (Ogilvy et al., 2011), dan cohesión al grupo y un sentido de identidad colectiva y, sobre todo, son acciones puntuales que complementan, y no substituyen, otras acciones de participación política. Más importante todavía, la visibilidad *pasiva* de estas acciones – al aparecer en los perfiles de las redes sociales de los activistas – acaba trabajando por su cuenta, haciendo que la implicación en causas cívicas acabe derivando en cambios de comportamiento tanto individuales como del círculo social próximo al ciudadano.

5. *Casual politics*

Pero más allá del punto de vista individual o colectivo, creemos que vale la pena considerar el clicktivismo no desde el punto de vista del “activista de sofá”, sino del tomador de decisiones.

Hay una tierna costumbre en temporada electoral en la que los candidatos se acercan a los mercados y a los bares a charlar con el “pueblo llano”, a captar su pulso, a escuchar sus peticiones y necesidades. Fuera de la temporada electoral, estas audiencias suelen producirse en sentido inverso, a saber, con huelgas y manifestaciones en las calles. En la

medida en la que mercados y bares acaban repitiendo los mismos anhelos y quejas, o en la medida en que huelgas y calles se colman o no de ciudadanos ansiosos de ser escuchados, los temas entran en la agenda política y/o en la agenda pública, en función de si el paso es dado primero por los partidos o por los medios de comunicación.

Podemos aproximarnos al clicktivismo desde su vertiente colectiva y como una pequeña parte de un todo mayor: como la parte periférica de una participación que sucede a la vez en la calle como en línea, altamente implicada y participativa, multiplataforma, detalladamente documentada y difundida en la Red, totalmente extra-representativa y descentralizada pero con formas hacia el exterior que emulan a las instituciones. En este sentido, el clicktivismo no es tan importante en función del emisor – aquél que hace un click – sino en función del receptor: aquella institución que se siente interpelada por literalmente millones de microacciones que son, además, en esencia, el eco de un movimiento compactado que, por no institucionalizado, no entra en nuestros parámetros habituales de medida de impacto de la participación política: horas de trabajo “perdidas” por la huelga, manifestantes en la calle o número de votos cambiados en las próximas elecciones.

Nos advierten De Marco & Robles Morales (2012) de la “ influencia de la participación institucional y de las nuevas formas de participación [y] que estas herramientas puedan propiciar la difusión de prácticas políticas que en el “mundo real” tienen menor relevancia política”. Así, herramientas que en su origen no tienen un uso político acaban acercando al ciudadano a participar en política, por azar, de forma casual.

Si recuperamos las tesis de Hibbing & Theiss-Morse (2002), éstos dibujan un espacio político ideal como un arreglo donde las decisiones son tomadas por técnicos neutrales sin intervención alguna de los ciudadanos. Habría, por parte de estos, una preferencia por procesos “sigilosos”, sin mucho debate y menos polémica, delegando la responsabilidad en los llamados “tecnócratas”. Nos advierten los autores, no obstante, que la aparente falta de interés no es tal. Por una parte porque más que falta de interés en el *espacio político* lo que hay es desconfianza o desesperanza. Por otra parte, porque es palpable el interés en el *proceso político*, en cómo se toman las decisiones – al margen, de nuevo, de querer participar en el *espacio político*.

Aunque ya hemos visto (Font et al., 2012) que estas hipótesis tienen muchas aristas, esta preferencia por una democracia sigilosa iría totalmente en línea con una política *casual*, informal, basada en microvotos constantes (clicktivismo) alrededor de grandes temas tratados en grandes ágoras ajenas a las instituciones y con dinámicas distintas a las de la política representativa.

Contradiendo a Hirschman (1970), podríamos llegar a afirmar que en esta opción por la vía extra-representativa y, en especial, por su vertiente informal, la *salida* no sería tal, sino que sería una salida hacia la voz. Es decir, la opción por la participación política extra-representativa no sería una salida del sistema democrático, sino una opción consciente por dar voz a otro tipo de participación. Y esto sería especialmente relevante o consistente en un entorno donde la lealtad se vería fuertemente devaluada por la rampante desafección política que asola muchas democracias modernas.

En este mismo sentido, los argumentos que el mismo Hirschman (1991) recoge como utilizados para rebatir cambios de gran calado político – tesis de la perversidad, tesis de la futilidad, tesis del peligro – nos sirven para explicar la oposición al clicktivismo, especialmente en su consideración de algo fútil.

No obstante, y como intentaremos apuntar a continuación, esta aproximación continua siendo la de una evolución, y no la de una profunda transformación del sistema y, por otra parte, está hecha desde el punto de vista de quien emite un click redentor y no de quién debe monitorizar, sistematizar e inferir a partir de millones de datos que proporciona toda actividad digital en tiempo real, popularizado como *Big Data*.

6. Sistemas emergentes y reconocimiento de patrones

Podemos darle todavía otra vuelta de tuerca a la cuestión del clicktivismo desde la posición del tomador de decisiones y su visión de lo colectivo, lo agregado. La ingente cantidad de datos que ahora se pueden manejar; lo limitado – o limitadísimo – del click como acción política que puede incluso tomarse como acción poco informada o, directamente, ignorante del contexto; así como los encuentros casuales y solapamientos fortuitos entre campañas y colectivos impulsores no son sino tres de las hipótesis o precondiciones que Johnson (2001) maneja para hablar de terrenos abonados a los comportamientos emergentes – entendidos estos como comportamientos colectivos cuyo diseño no estaba en las acciones tomadas a título individual, o comportamientos

colectivos complejos que se dan al agregar un sinnúmero de comportamientos individuales simples. En este contexto, Johnson invita a la identificación de patrones.

Aunque la toma de decisiones basada en datos no es – o no debería ser – algo nuevo, es innegable que las Tecnologías de la Información y la Comunicación y, muy especialmente, el fenómeno del *big data*, ofrecen nuevas oportunidades de magnitudes nunca vistas anteriormente (Esty & Rushing, 2007). Es cierto que esta aproximación tiene bien fundamentadas críticas sobre la frialdad de los datos, deficiencias a la hora de capturar contextos, simplificación de la realidad y de la definición de problemas, así como no pocas dudas sobre aspectos como la privacidad o la seguridad (Morozov, 2013). No obstante, entendemos que entre el extremo que representa la política representativa institucionalizada tradicional y el extremo de la toma de decisiones automatizada por los datos, existe un amplio margen de maniobra y, sobre todo, de hibridación de procederes. Y existe, ante todo, una posibilidad real de tomar ese clicktivismo como indicadores vivos – en todos los sentidos – y como ciudadanos que están “votando con los pies” a diario, de forma inconsciente e incluso pasiva, con la ausencia de sesgos que ello supone (hablamos de ingentes cantidades de datos difíciles de manipular).

Entre los muchísimos casos que hay, podemos destacar el reconocimiento de patrones de comportamiento en materia de movilidad a partir de la geolocalización de terminales móviles (Frías-Martínez et al., 2010) o el uso de Twitter para trazar la evolución de enfermedades contagiosas así como los niveles de actividad asociados a su propagación (Signorini et al., 2011), ejercicio que puede llegar a plasmarse en interesantísimos proyectos como el Health Map².

En un ámbito más próximo a la política, experimentos aparentemente triviales como el del colectivo FloatingSheep de geolocalización de tweets racistas en respuesta a la

² <http://healthmap.org/en/>

reelección del Presidente Obama en los EUA³ pueden también evolucionar hasta el mapeado de todo tipo de lenguaje de incitación al odio⁴.

Si el caso de la movilidad a través de los datos de telefonía móvil o los tweets sobre salud nos dan una poderosa herramienta para el afinamiento de políticas públicas – de movilidad o de salud, respectivamente – la evolución hacia la detección de preferencias políticas nos traslada fuera de la Administración o el Gobierno y de lleno en el ámbito de la Democracia o la Gobernanza. Insistamos en esta cuestión: “el valor no reside en cada fragmento de información individual, sino en el esquema mental creado por un determinado número de mensajes a lo largo del tiempo” (Rieder, 2012).

Dicho de otra forma: la nueva participación digital extra-representativa puede entenderse a la vez como movimiento – con sus acciones particulares y bien definidas – así como cultura – con su ideología y su programa político suprayacente. Es esta ideología, valores compartidos y programa político implícitos los que ahora se pueden explicitar a través del manejo de ingentes cantidades de datos, el reconocimiento de patrones y la inferencia de comportamientos emergentes.

Y el clicktivismo – o el clicktivista – no es sino una ínfima pero valiosísima pieza de este rompecabezas. Porque es en la medida que se alcanza una masa crítica de acciones mínimas, altamente influenciables y volátiles que, no obstante, es posible echar a rodar la bola de nieve de la viralidad en la participación (Watts & Dodds, 2007). Si, además, unimos a ello la posibilidad de caracterizar grandes agregados de individuos según su comportamiento en línea (Kosinski et al., 2013), no solamente podemos inferir tendencias políticas emergentes a través de la identificación de patrones de comportamiento, sino que además podemos aproximar su representatividad respecto al total de la población.

El clicktivismo media entre dos nuevas formas de entender la acción colectiva y la toma de decisiones. Por una parte, las nuevas formas de participación extra-representativa iniciadas por núcleos cohesionados (Peña-López et al., 2013) o *hackers sociales* (Ruiz

³ <http://www.floatingsheep.org/2012/11/mapping-racist-tweets-in-response-to.html>

⁴ <http://www.floatingsheep.org/2013/05/hatemap.html>

de Querol & Kappler, 2013). Por otra parte, una política alejada del liderazgo de las democracias modernas y más centrada en el fomento de las capacidades y los valores emancipadores, fomentando el paso de una elección objetiva a una elección subjetiva y, de esta, a una elección efectiva (Welzel et al., 2003).

7. Reivindicación del clicktivismo

En nuestra exposición hemos querido presentar el clicktivismo bajo el tópico del iceberg. Si bien la parte flotante es la que es visible a los ojos, esta no es sino una pequeña parte que puede hacernos perder la visión de conjunto, minimizar su importancia, y llevarnos al naufragio.

Nuestra reivindicación del clicktivismo no lo es a título individual: como hemos comentado, se trata muchas veces de acciones poco comprometidas en sí mismas e incluso – y la mayoría de veces – una secuencia de generación de datos de forma pasiva y automatizada. En este sentido, y desde el punto de vista del activismo, es comprensible que el clicktivismo goce de mala reputación.

Pero la mayor parte del fundamento del clicktivismo queda bajo la superficie. Bajo la superficie de las instituciones y la participación política formal subyacen nuevas prácticas no solamente extra-representativas, sino tan nuevas como invisibles a los radares de la democracia moderna gestada alrededor de la revolución científica y la revolución industrial. Estas nuevas formas de hacer política, de forma descentralizada pero cohesionada, individual pero para-institucionalizada en su cara externa, deben necesariamente entrar en las ecuaciones institucionales, y el clicktivismo es una de sus incógnitas más potentes.

La reivindicación del clicktivismo debe hacerse, pues, desde la política institucional, poniendo en valor esa *casual politics* o política informal que se da en la periferia de los nuevos movimientos sociales, en frívola pero significativa fricción con las prácticas tradicionales – y, como hemos visto, muchas veces complementándose unas a otras más que en oposición.

Consideramos que la monitorización, el reconocimiento de patrones políticos, la inferencia de ideologías y propuestas tácitas, o la política en tiempo real son – o deberían ser – nuevas aproximaciones a la acción política que son ahora no solamente

posibles sino deseables. Obviar esta nueva caja de herramientas, necesaria para comprender la nueva ciudadanía digital, es un indicio de anquilosamiento político como el clicktivismo es indicio de que algo se mueve en la sociedad.

Nota biográfica

Profesor de la Universitat Oberta de Catalunya, en los Estudios de Derecho y Ciencias Políticas, así como investigador en su Internet Interdisciplinary Institute y su eLearn Center. Doctor en Sociedad de la Información y del Conocimiento, Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales (Economía), Máster en Ecoauditorías y Planificación Empresarial del Medio Ambiente y post-graduado en Gestión del Conocimiento.

Trabaja sobre el impacto de las Tecnologías de la Información y la Comunicación en el desarrollo. En concreto, sus intereses se centran en la medida de la evolución de las economías digitales y la adopción personal de lo digital (e-readiness, brecha digital), así como el impacto de las TIC en el desarrollo y sus principales instituciones, especialmente en el ámbito de las TIC y la educación y las TIC y la democracia.

Fue miembro fundador y más tarde director del Programa de Cooperación al Desarrollo de la UOC, donde trabajó sobre todo en los campos de e-learning para el desarrollo y el voluntariado en línea. Es el editor de ICTlogy (ISSN 1886-5208).

Bibliografía

Anduiza, E., Cristancho, C. & Cantijoch, M. (2012). “La exposición a información política a través de Internet” En *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 188 (756), 673-688. Berkeley: Berkeley Electronic Press.

<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/viewFile/1493/1504>

Augé, M. (2000). *Sobremodernidad. Del mundo de hoy al mundo de mañana*. [online]: Memoria. <http://www.memoria.com.mx/129/auge.htm>

Benkler, Y. (2006). *The Wealth of Networks: How Social Production Transforms Markets and Freedom*. New Haven: Yale University Press.

Borge, R. & Cardenal, A.S. (2012). "Surfing the Net: A Pathway to Participation for the Politically Uninterested?" En *Policy & Internet*, 3 (1). Berkeley: Berkeley Electronic Press. <http://www.psocommons.org/policyandinternet/vol3/iss1/art3>

Breindl, Y. & Gustafsson, N. (2011). "Leetocracy: Networked Political Activism or the Continuation of Elitism in Competitive Democracy". En D. Araya, Y. Breindl, Y. & T.J. Houghton (Eds.), *Nexus: New Intersections in Internet Research, Chapter 9*, 193-212. New York: Peter Lang.

Breindl, Y. (2012). "The Dynamics of Participation and Organisation in European Digital Rights Campaigning" En *eJournal of eDemocracy and Open Government*, 4 (1), 24-44. Krems: Danube-University Krems. <http://www.jedem.org/article/view/96>

Cantijoch, M. (2009). *Reinforcement and mobilization: the influence of the Internet on different types of political participation*. Seminario Citizen Politics: Are the New Media Reshaping Political Engagement? Barcelona, May 28th-30th 2009. Barcelona: IGOP

Castells, M. (2009). *Communication power*. Cambridge: Oxford University Press.

Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza Editorial.

Christensen, H.S. (2011). "Political activities on the Internet: Slacktivism or political participation by other means?" En *First Monday, February 2011, 16 (2)*. [online]: First Monday.

<http://firstmonday.org/htbin/cgiwrap/bin/ojs/index.php/fm/article/view/3336/2767>

Colombo, C., Galais, C. & Gallego, A. (2012). "El uso de Internet y las actitudes políticas. Datos cuantitativos y cualitativos de España" En *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 188 (756), 751-766. Berkeley: Berkeley Electronic Press.

<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/viewFile/1498/1509>

De Marco, S. & Robles Morales, J.M. (2012). "Uso de los blogs políticos: análisis de algunos factores determinantes" En *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 188 (756), 689-705. Berkeley: Berkeley Electronic Press.

<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/1494>

Echeverría, J. (1999). *Los Señores del aire: Telépolis y el Tercer Entorno*. Barcelona: Destino.

Esty, D.C. & Rushing, R. (2007). *Governing by the Numbers: The Promise of Data-Driven Policymaking in the Information Age* Washington, DC: Center for American Progress. http://www.americanprogress.org/wp-content/uploads/issues/2007/04/pdf/data_driven_policy_report.pdf

Fernández Prados, J.S. (2012). “Ciberactivismo: conceptualización, hipótesis y medida” En *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 188 (756), 631-639. Berkeley: Berkeley Electronic Press. <http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/1490>

Font, J., Navarro, C., Wojcieszak, M. & Alarcón, P. (2012). ¿"Democracia sigilosa" en España? Preferencias de la ciudadanía española sobre las formas de decisión política y sus factores explicativos Opiniones y actitudes, nº71. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. <http://libreria.cis.es/static/pdf/OA71acc.pdf>

Frias-Martinez, V., Virseda, J., Rubio, A. & Frias-Martinez, E. (2010). “Towards Large Scale Technology Impact Analyses: Automatic Residential Localization from Mobile Phone-Call Data” En *Proceedings of ICTD 2010*. 4th ACM/IEEE International Conference on Information and Communication Technologies and Development. London: IEEE. [http://www.gg.rhul.ac.uk/ict4d/ictd2010/posters/ICTD2010Frias-Martinez et al.pdf](http://www.gg.rhul.ac.uk/ict4d/ictd2010/posters/ICTD2010Frias-Martinez%20et%20al.pdf)

Fuster, M. & Subirats, J. (2012). “Crisis de representación y de participación. ¿son las comunidades virtuales nuevas formas de agregación y participación ciudadana?” En *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 188 (756), 641-656. Berkeley: Berkeley Electronic Press. <http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/1491>

Hibbing, J.R. & Theiss-Morse, E. (2002). *Stealth Democracy: Americans' Beliefs About How Government Should Work*. New York: Cambridge University Press.

Himanen, P. (2003). *L'ètica hacker i l'esperit de l'era de la informació*. Barcelona: Editorial UOC

Hirschman, A.O. (1970). *Exit, Voice, and Loyalty*. Cambridge: Harvard University Press.

Hirschman, A.O. (1991). *The Rhetoric of Reaction*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.

Horrigan, J.B., Garrett, R.K. & Resnick, P. (2004). *The internet and democratic debate* Washington, DC: Pew Internet & American Life Project.

http://www.pewtrusts.org/uploadedFiles/wwwpewtrustsorg/Reports/Society_and_the_Internet/Pew_Internet_political_info_report_1004.pdf

Inglehart, R. (2008). "Changing Values among Western Publics from 1970 to 2006" En *West European Politics, January–March 2008*, 31 (1-2), 130–146. London: Routledge.

http://www.worldvaluessurvey.org/wvs/articles/folder_published/publication_559/files/values_1970-2006.pdf

Johnson, S. (2001). *Emergence. The connected lives of Ants, Brains, Cities and Software*. London: Penguin Books.

Kelly, J., Fisher, D. & Smith, M. (2005). *Debate, Division, and Diversity: Political Discourse Networks in USENET Newsgroups* Paper prepared for the Online

Deliberation Conference 2005. Palo Alto: Stanford University.

http://www.coi.columbia.edu/pdf/kelly_fisher_smith_ddd.pdf

Kelly, J. (2008). *Pride of Place: Mainstream Media and the Networked Public Sphere*

Media Re:public Side Papers. Cambridge: Berkman Center for Internet and Society at Harvard University. http://cyber.law.harvard.edu/sites/cyber.law.harvard.edu/files/Pride_of_Place_MR.pdf

Kosinski, M., Stillwell, D. & Graepel, T. (2013). *Private traits and attributes are predictable from digital records of human behavior* Washington, DC: Stanford

University's HighWire Press. <http://www.pnas.org/cgi/doi/10.1073/pnas.1218772110>

Lanier, J. (2010). *You are Not a Gadget: A Manifesto*. London: Allen Lane.

Lefebvre, H. (1991). *The Production of space*. Oxford. Blackwell.

Martínez Roldán, S. (2011). *Movimiento 15M: construcción del espacio urbano a través de la acción de las Multitudes Inteligentes* Barcelona: UOC.

http://openaccess.uoc.edu/webapps/o2/bitstream/10609/8582/1/smartinezrol_TFM_0711.pdf

Morozov, E. (2011). *The Net Delusion. The Dark Side of Internet Freedom*. New York: Public Affairs.

Morozov, E. (2013). *To save everything, click here. The folly of technological solutionism*. New York: PublicAffairs.

Mossberger, K., Tolbert, C.J. & McNeal, R.S. (2008). *Digital Citizenship. The Internet, society and participation*. Cambridge: The MIT Press.

Negroponte, N. (1995). *Being Digital*. London: Hodder & Stoughton.

Nonneke, B. & Preece, J. (2003). "Silent Participants: Getting to Know Lurkers Better". En C. Lueg, C. & D. Fisher, *From Usenet to CoWebs: Interacting with Social Information Spaces, Chapter 6*, 110-132. London: Springer.

Norris, P. (2001). *Digital Divide: Civic Engagement, Information Poverty, and the Internet Worldwide*. Cambridge: Cambridge University Press.

Noveck, B.S. (2005). "A democracy of groups" En *First Monday*, 10 (11). [online]: First Monday.

<http://firstmonday.org/htbin/cgiwrap/bin/ojs/index.php/fm/article/view/1289/1209>

Obar, J.A., Zube, P. & Lampe, C. (2012). "Advocacy 2.0: An Analysis of How Advocacy Groups in the United States Perceive and Use Social Media as Tools for Facilitating Civic Engagement and Collective Action" En *Journal of Information Policy*, 2, 1-25. [online]: Pennsylvania State University.

<http://jip.vmhost.psu.edu/ojs/index.php/jip/article/view/80>

Ogilvy Public Relations Worldwide & Center for Social Impact Communication at Georgetown University (2011). *Dynamics of Cause Engagement* Arlington: Georgetown University. <http://csic.georgetown.edu/research/215767.html>

Padró-Solanet, A. (2010). *Internet and Votes: The Impact of New ICTs in the 2008 Spanish Parliamentary Elections*. Communication presented at the Internet, Politics,

Policy 2010: An Impact Assessment conference, 16-17 September 2010. Oxford: Oxford Internet Institute.

Peña-López, I. (2011). "The disempowering Goverati: e-Aristocrats or the Delusion of e-Democracy". En *eJournal of eDemocracy and Open Government*, 3 (1), 1-21. Krems: Danube-University Krems. <http://www.jedem.org/article/view/50>

Peña-López, I., Congosto, M. & Aragón, P. (2013). "Spanish Indignados and the evolution of 15M: towards networked para-institutions". En A. Cerrillo i Martínez et al. (Coords.), *Proceedings of the 9th International Conference on Internet, Law & Politics*. Barcelona: UOC

Rainie, L., Purcell, K. & Smith, A. (2011). *The social side of the internet*. Washington, DC: Pew Internet & American Life Project.
<http://www.pewinternet.org/Reports/2011/The-Social-Side-of-the-Internet.aspx>

Rieder, B. (2012). "The refraction chamber: Twitter as sphere and network" En *First Monday, November 2012, 17* (11). [online]: First Monday.
<http://firstmonday.org/htbin/cgiwrap/bin/ojs/index.php/fm/article/view/4199/3359>

Robles Morales, J.M., Molina Molina, Ó. & De Marco, S. (2012). "Participación política digital y brech digital política en España. Un estudio de las desigualdades digitales" En *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 188 (756), 795-810. Berkeley: Berkeley Electronic Press.
<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/1501>

Ruiz de Querol, R. & Kappler, K. (2013). *Looking for the Social Hackers*. [mimeo].

Sádaba, I. (2012). "Participación política digital y brech digital política en España. Un estudio de las desigualdades digitales" En *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 188 (756), 781-794. Berkeley: Berkeley Electronic Press.
<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/1500>

Signorini, A., Segre, A.M. & Polgreen, P.M. (2011). "The Use of Twitter to Track Levels of Disease Activity and Public Concern in the U.S. during the Influenza A H1N1 Pandemic" En *PLOS ONE*, 6 (5), e19467. San Francisco: Public Library of Science.
<http://www.plosone.org/article/info%3Adoi%2F10.1371%2Fjournal.pone.0019467>

Smith, A. (2013). *Civic Engagement in the Digital Age* Washington, D.C.: Pew Internet & American Life Project. <http://pewinternet.org/Reports/2013/Civic-Engagement.aspx>

Tichenor, P.J., Donohue, G.A. & Olien, C.N. (1970). "Mass media flow and differential growth in knowledge". En *Public Opinion Quarterly*, 34 (2), 159 - 170. Oxford: Oxford University Press

Tiebout, C.M. (1956). "A Pure Theory of Local Expenditures". En *Journal of Political Economy*, 64 (5), 416-424. Chicago: The University of Chicago Press.

Watts, D.J. & Dodds, P.S. (2007). *Influentials, Networks, and Public Opinion Formation*. Madison: University of Wisconsin.

Welzel, C., Inglehart, R. & Klingemann, H. (2003). "The theory of human development: A cross-cultural analysis". En *European Journal of Political Research*, 42 (3), 341-379. Oxford: Blackwell.

<http://www.blackwell-synergy.com/doi/pdf/10.1111/1475-6765.00086>